

Reflexiones sobre confusiones y situaciones de invisibilidad en el trabajo de campo etnográfico*

Reflections on confusions and situations of invisibility in the ethnographic fieldwork

Elisa Palermo**

María Alma Tozzini***

Resumen

Este artículo es el resultado de una reflexión conjunta que surgió al intercambiar nuestras experiencias en el trabajo de campo. A pesar de trabajar con sujetos, temas y contextos completamente diferentes, reflexionaremos sobre los conflictos y confusiones que pueden surgir durante el proceso de investigación, analizando el modo en que nuestro rol como investigadoras puede tornarse completamente borroso o invisible en las relaciones establecidas en el trabajo de campo. Partiendo del hecho de que las confusiones o complicaciones que aparecen durante el proceso de investigación en el campo pueden dar lugar a un conocimiento reflexivo, analizaremos estas situaciones enfati-

* Recibido: marzo 2013. Aceptado: julio 2013.

El artículo que aquí se presenta es resultado de una investigación realizada dentro del marco de una Beca Doctoral (tipo II) del Comité Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), con el apoyo del Proyecto PICT 2010 Bicentenario N°0585, (2011-2014) "Prácticas y Relatos de Movilidad Social, Consumo y la Identidad de Clase Media en Buenos Aires: Un Estudio Histórico y Etnográfico" financiado por el Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCyT) de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y apoyado por el Instituto de Investigaciones en Diversidad Cultural y Procesos de Cambio de la Universidad Nacional de Río Negro-Argentina.

** Becaria CONICET, Candidata Doctoral en la Universidad de Buenos Aires (Programa de Estudios sobre Clases Medias, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Centro de Antropología Social/IDES), Argentina. Correo electrónico: elisapalermo@yahoo.com.ar

*** Académica, Universidad Nacional de Río Negro, IIDyPCa-CONICET, Argentina. Correo electrónico: almatozzini75@gmail.com

zando la importancia que estas experiencias pueden adquirir para la investigación misma, para nuestras etnografías e, incluso, para la información que obtenemos. Reflexionar sobre nosotras mismas y sobre los posibles roles que el “otro” nos atribuye en el proceso de construcción de conocimiento, puede transformar nuestra subjetividad en una herramienta útil para lograr un mejor conocimiento y acercamiento a aquello que intentamos estudiar.

Palabras clave: método etnográfico, reflexividad, lugar/rol del investigador, invisibilidad

Abstract

This article is the result of a joint reflection that arose exchanging our experiences in the fieldwork. Though we work with different subjects, themes and contexts, we will reflect on the conflicts and confusions that may arise during the research process; we will analyze the way in which our role as investigators can appear completely blurred or invisible in the social relations established in the field. Given that the confusions or complications that may arise during the process of fieldwork itself can cause a reflective knowledge, we will analyse these situations emphasizing the importance these experiences can acquire in the investigation itself, in our ethnographies and even in the information we obtain. Reflecting on ourselves and on the possible roles we play for the ‘other’ in the process of construction of knowledge we can turn our subjectivity into a useful tool for a better knowledge of what we intend to study.

Key words: Ethnographic method, reflexivity, place/role of the investigator, invisibility

1) Introducción

“la publicación de las experiencias de campo del investigador y de las vicisitudes de su proyecto de investigación es un factor indispensable para el desarrollo de una metodología sistemática de la investigación etnográfica. Si pudiéramos compartir las experiencias de campo, muchos errores podrían evitarse y se podrían emular muchas estrategias, métodos y maneras exitosas de enfrentar el trabajo in situ.” (Hebe Vessuri, 2004)

Tal como lo plantea Carlos Reynoso en la introducción a su libro “El surgimiento de la antropología posmoderna” (Reynoso, 1992) los desafíos que esta corriente -surgida en los Estados Unidos hacia la década de 1970 e impulsada vehementemente a partir de la publicación de *Writing Cultures* en 1986 por James Clifford y George Marcus- propuso a nuestra disciplina se ordenan en tres ejes, de los cuales recuperamos aquí dos, a saber:

- 1) La *meta-etnográfica* o *meta-antropológica* interesada por analizar teóricamente de manera crítica aquellos recursos retóricos y “autoritarios” de la etnografía convencional (Reynoso, 1992: 28) e indagar en nuevas formas de escribir etnografía. Esta línea desplaza su interés desde el estudio de la cultura a un estudio sobre la propia disciplina: sobre sus formas de escritura y sobre el rol de los antropólogos en tanto escritores de etnografías. A esto se han sumado otros autores, como por ejemplo Rabinow (1992) que -preocupado por la manera en que la etnografía representa la realidad social mediante la descripción- ha venido puntualizando, además, la necesidad de evaluar el rol de las instituciones que promueven la producción y escritura de etnografías.

- 2) La *etnografía experimental*, refiere a aquella línea que -basada en las reflexiones del primer eje- se ha preocupado por llevar adelante un replanteo de las prácticas, y cómo dicho replanteo pueda quedar plasmado en las etnografías. Tal como lo plantea Reynoso (1992), en esta línea fueron pioneros los trabajos de Rabinow, Crapanzano, Dwyer y también Tedlock (a quien nos referiremos enseguida) quien, reflexionando sobre la escritura etnográfica, ha trabajado sobre la *etnografía dialógica*.

Este autor propone repensar la manera en que los diálogos que se producen en el campo se reflejan luego fehacientemente en la etnografía, cuál es la verdadera entidad que como etnógrafos y escritores de etnografías logramos dar a aquellos diálogos en los escritos. En este sentido, afirma, que una vez que aparece la voz del nativo en la etnografía, es difícil que aparezca el antropólogo en escena haciendo aquellas preguntas que derivaron en las afirmaciones que se plasman en los escritos (Tedlock, 1992).

Tomando esta idea como norte -y sin desconocer las críticas que esta corriente ha suscitado al interior de nuestra disciplina- nos hemos preguntado acerca de cómo aquellos diálogos que se generan a partir de la relación social de campo, ya sea “en” el campo, como fuera de él (a partir de llamados telefónicos, encuentros casuales por otras circunstancias, correos electrónicos, etc.), son de utilidad para repensar nuestro rol en el trabajo de campo así como en la producción de conocimiento. Esta alerta de Tedlock resultó de

interés para poder comenzar a dar sentido y extrañarnos de nuestro rol en todo aquello que implica hacer etnografía: el enfoque, el método y la forma de escritura (Guber, 2001); a la par que las relaciones de poder que se juegan en el campo¹. Pero también para volver a pensar -tal como lo proponen Guba y Lincoln (2002)- la epistemología misma desde la cual trabajamos: en este sentido, se vuelve relevante -pensando en los diálogos generados entre investigadores y sujetos en situación de investigación social- volver a pensar en aquellos “hallazgos” conjuntos (Guba y Lincoln, 2002: 128) que son creados, según los autores, en las mutuas interacciones que se generan al avanzar la investigación. En este sentido, apuntan los autores, ambos, investigador e investigados, avanzan en un proceso de producción de conocimiento más “sofisticado e informado” (Guba y Lincoln, 2002: 134).

Desde aquí, estimamos que recuperar reflexivamente la relación entre el etnógrafo y los sujetos con los que trabajamos, puede ser una herramienta útil para el conocimiento de aquello que intentamos estudiar. Tal como lo propone Rosana Guber (2004) la reflexividad en el campo se compone de tres ejes básicos: aquel que sitúa al investigador en tanto parte de una sociedad y en tanto intelectual; aquel que sitúa a los sujetos con los que trabajamos en tanto parte de una sociedad o cultura y, por último, la relación que se teje entre ambas reflexividades en la situación de trabajo de campo, así como las estrategias que ambas partes ponen en juego en dicha situación. En síntesis, en el quehacer etnográfico el conocimiento está necesariamente mediado por la presencia del etnógrafo, por la manera en que los “informantes” conciben a la persona del investigador y por la relación que se establece en el proceso de investigación.

Sin embargo, estos postulados no siempre fueron premisa de las ciencias sociales en general, ni de nuestra disciplina en particular. Como sabemos, desde fines del siglo XIX, las ciencias sociales se debatieron entre un modelo *nomotético* de la ciencia, con aspiraciones a poder seguir los métodos científicos propios de las ciencias exactas, apuntando a leyes y generalizaciones a la vez que aspirando a estudios sincrónicos aplicables a todo tiempo y espacio, o el modelo *idiográfico*, más sensible al estudio de las particularidades y de los procesos históricos implicados (Wallerstein, 2006).

1 Tedlock (1992), por ejemplo, se refiere a las relaciones de poder entre la comunidad del etnógrafo y aquella de los sujetos, así como a aquella que se ejerce a través de los proyectos y agendas de investigación. Sin embargo, el autor asume una postura optimista respecto de la real capacidad de agencia de los sujetos en lo que respecta a “cambiar los planes” del investigador e instalar temas que nada tienen que ver con el proyecto que lo condujo al campo. Si bien, como se verá en los ejemplos que trabajaremos a continuación, esto suele suceder, no estamos tan seguras de la influencia última que esto termine teniendo en planes que cuentan con financiamiento y donde debe llevarse a cabo y cumplirse con un determinado plan de acción. Sobre este tópico recomendamos especialmente el trabajo de Claudia Briones (2005).

Ya desde los inicios de la Escuela de Frankfurt podemos rastrear críticas a los postulados de la ciencia natural positivista que planteaban las dificultades de integración entre la teoría y la práctica. La llamada Teoría Crítica trazada por los integrantes de la Escuela de Frankfurt² partía del supuesto de que las ciencias sociales necesitaban de otras metodologías que las de las ciencias naturales y criticaba los principios básicos de la ciencia positivista, principalmente los postulados acerca de la neutralidad valorativa y la relación vertical y asimétrica entre sujeto y objeto de investigación (Horkheimer, 2009). El principal planteo de esta corriente era que la operacionalización de las hipótesis daba lugar a una visión hedonista, individualista y a-histórica del comportamiento humano, al no tener en cuenta el contexto y el sentido macro-social. A cambio, esta corriente proponía la validación de las hipótesis por implicación o, en otras palabras, una metodología científico experimental. Sin embargo, la tentativa de superar la incongruencia entre teoría y práctica encontró varias dificultades que no pudieron ser superadas, principalmente en cuanto al pasaje de una teoría crítica a una práctica crítica. Aún así, es necesario reconocerle a esta escuela el puntapié inicial hacia la autorreflexión, hacia la importancia de la participación y la subjetividad en las ciencias sociales. Dadas estas primeras dificultades, la llamada Investigación Acción participativa³ nacida en la década de los años 60s, y cuyos más importantes representantes fueron Paulo Freire y Orlando Fals Borda, se postula como una alternativa frente al problema de la relación entre teoría y práctica. La metodología de la Investigación⁴ Acción participativa tenía como objetivo realizar una síntesis entre los estudios de cambio social y el involucramiento del investigador en la dinámica de esos procesos. Moser (1975) planteaba que la Investigación Acción suponía un cambio de paradigma que estaba dado principalmente por tres elementos: el criterio de verdad que pasa de ser monológico a dialógico, de absoluto a histórico y dialéctico; el discurso que pasa a reemplazar al

2 La Escuela de Frankfurt fue un movimiento filosófico y sociológico fundado en 1923, dependiente del Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt. Sus principales exponentes fueron Adorno, Horkheimer, Marcuse, Benjamin y Habermas, entre otros.

3 Nacida como una propuesta político-pedagógica orientada a su aplicación en la educación de los grupos populares, las ideas sobre la investigación acción participativa han servido como base para el desarrollo comunitario en América Latina y otras regiones del llamado Tercer Mundo, así como en países desarrollados, y aplicados y utilizados por todas las ciencias sociales: "Las metas de esta combinación de conocimiento liberador y poder político dentro de un proceso de vida continuo y de trabajo son: de un lado, capacitar a los grupos y clases oprimidas a adquirir la suficiente creatividad y fuerza transformadora, que se expresan a través de proyectos, acciones, y luchas específicas; y de otro, producir y desarrollar un proceso de pensamiento socio político con el cual las bases populares se puedan identificar" (Fals Borda 2004: 74).

4 Investigación entendida como acto de conocimiento.

experimento; y el pasaje de los datos materiales del positivismo a los datos discursivos empíricos en la Investigación Acción. Para la Investigación Acción no existe una concepción “a priori” del ser y de la realidad sino que es necesaria una reflexión sobre las opciones epistemológicas y ontológicas que sirven de base al proceso de investigación social, lo que supone entender que existe una realidad dinámica, con una diversidad de formas, representaciones y construcciones, que hace necesario el reconocimiento de los sentidos de las prácticas en su propia lógica y el reconocimiento de la inevitable influencia del investigador en el proceso de investigación. En tanto investigación, como sostiene Ezequiel Ander Egg:

“se trata de un procedimiento reflexivo, sistemático, controlado y crítico que tiene por finalidad estudiar algún aspecto de la realidad, con una expresa finalidad práctica; en cuanto acción, significa o indica que la forma de realizar el estudio es ya un modo de intervención y que el propósito de la investigación está orientado a la acción, siendo ella a su vez fuente de conocimiento; y, por ser participación, es una actividad en cuyo proceso están involucrados tanto los investigadores (equipo técnico o agentes externos), como las mismas gentes destinatarias del programa, que ya no son consideradas como simples objetos de investigación, sino como sujetos activos que contribuyen a conocer y transformar la realidad en la que están implicados.” (Ander Egg, 2003: 32-33)

En ese contexto se hace necesario partir de las condiciones socio-históricas de los grupos con los que se trabaja y detectar a través del diálogo sus temas de interés. Como vemos, la Investigación Acción expresa una transformación en los modos de concebir y de hacer investigación en las ciencias sociales, dando lugar a un nuevo rol o a una nueva forma de inscripción del investigador en la sociedad, al darle relevancia a su subjetividad en el proceso de conocimiento: el conocimiento de lo real está mediado por la reflexividad del investigador y de los actores en la relación social de campo. El investigador adopta una doble postura de observador crítico y de participante activo.

El presente trabajo es el resultado de una reflexión conjunta que surgió intercambiando nuestras experiencias en el trabajo de campo. Si bien trabajamos con sujetos, temáticas y contextos muy diferentes, más de una vez hemos podido compartir la experiencia de que nuestros informantes nos hubieran asignado un rol diferente a aquel con el que nos presentábamos, que otros roles e identidades propios influyeran en el proceso de investigación, o aún, que otros roles se fueran gestando como consecuencia del proceso mismo de trabajo de campo. En nuestros intercambios siempre se puso de manifiesto la importancia que estas experiencias adquirían en el proceso mismo de investigación, en nuestras etnografías e, incluso, en la información que obtenemos.

Como bien lo ha demostrado Rabinow (1992), en las ciencias humanas, el acto de conocer es siempre algo emocional y moral, además de intelectual. Tan así es que, conscientes de que nosotras como investigadoras estamos atravesadas por múltiples identidades (edad, género, identidad étnica, de clase, etc.); de que a veces nos acercamos al campo desde diferentes roles y por diversos motivos; de que también nuestros interlocutores nos asignan imprevisiblemente identidades, roles o lugares que no siempre sabemos manejar ni decidir acerca de ellos; y de que todo esto condiciona las relaciones que establecemos en el campo; a lo largo de este artículo, intentaremos reflexionar sobre dos ejes interconectados: por un lado, sobre la relación social de campo y esos diferentes roles o identidades que se ponen en juego en el proceso de investigación; y por el otro, sobre cómo a partir de esas situaciones nuestro lugar como investigadoras puede diluirse, negociarse, transformarse -cuando no gestarse desde un lugar particular- poniendo en juego también nuestra ética.

2) Casos y acasos en el campo

La negociación del rol del investigador es uno de los temas centrales en el trabajo de campo antropológico. La asignación de roles al investigador por parte de los sujetos con los que trabajamos, es “la parte que desempeñan los informantes en esa negociación” (Guber, 2004: 162). Y si bien el primer paso en esa negociación es la presentación del investigador frente a sus interlocutores -la que muchas veces y según el contexto suele estar marcada por dudas y sospechas, dado que la relación social de campo es permanentemente construida entre investigador e “informantes”- a lo largo de la investigación pueden sucederse episodios o situaciones que pongan en tela de juicio el rol del investigador como tal, así como presentarse una asignación de rol inesperada que puede darse en diferentes momentos de la investigación. No siempre esa asignación es desfavorable o dificultosa y puede, en cambio, ser positiva o hasta beneficiosa para el investigador por lo que éste podrá o no aceptar ese rol; lo importante es que sea consciente de eso y que pueda considerar y tener en cuenta sus consecuencias para la investigación.

En el caso de una de nosotras, por ejemplo, en más de una ocasión se encontró en situaciones en las que su rol de investigadora era invisibilizado o confundido con algún otro. Por razones de espacio, analizaremos aquí solamente una de esas situaciones sufridas por Elisa: se trata de la relación que se ha establecido, sin quererlo, con quien en un comienzo era simplemente un “informante” más. Luego nos adentraremos en el caso de Alma, para, finalmente, concluir analizando en conjunto nuestro rol como investi-

gadoras. El análisis retomará los lineamientos de Paulo Freire (1994) acerca de los significados de la búsqueda de conocimiento a partir de la reflexión de nuestra experiencia como sujetos sociales: nosotros como investigadores nos ubicamos en relación a situaciones, personas, grupos, instituciones, conocimientos, opciones políticas, etc.; pero esas relaciones fundantes, orientadoras y configuradoras de sentido pueden ser percibidas de manera crítica o de manera ingenua (1994: 113). Intentaremos, aquí, percibir las de manera crítica.

2.1. Caso de Elisa

Al comenzar mi investigación con descendientes de inmigrantes irlandeses para llevar a cabo mi tesis de licenciatura, en SC -una de las instituciones más emblemáticas de esa colectividad-, conocí a José⁵, descendiente de inmigrantes irlandeses que además trabajaba en ese lugar. José fue, desde el inicio, uno de los portales clave para acceder a gran parte de mi red de informantes. Cuando retomé la investigación para mi tesis doctoral, me encontré nuevamente con José en varias oportunidades. La primera vez que volvimos a vernos, él me pidió mi dirección de e-mail y mi número de teléfono "para hacer más ágil la comunicación". Yo no dudé en darle estos datos, José había sido siempre muy bien predispuesto para conmigo y mi investigación y, además, según me dijo en ese momento, quería hacerme algunos comentarios sobre un trabajo suyo.

Desde entonces, José pasó a mandarme todo tipo de cadenas de e-mails que en nada eran de mi interés o links o comentarios y sugerencias de películas. Si bien ya esto me había sorprendido notablemente, mayor fue mi sorpresa cuando recibí su primer llamado telefónico. En esa llamada me comentó sobre un proyecto que él estaba llevando a cabo relativo a fotografía antigua de irlandeses y, dado que yo estaba en contacto con mucho de ellos, me pedía si por favor podía intervenir con esas familias para conseguir algo del material que él estaba necesitando. Empecé a pensar en el material que yo ya tenía y le ofrecí un libro sobre inmigrantes irlandeses en la Argentina que contiene muchas fotografías que podían llegar a servirle. Dado que es un libro publicado, que se consigue en cualquier librería, yo sentía que la situación no me ponía en ningún aprieto. Le dije, de todos modos, que iba a comentarles a las personas de la colectividad con las que tenía relación sobre su interés y enseguida me propuso que nos encontráramos a tomar un café para que yo pudiera darle el libro. No supe bien cómo tomarlo, ya que tranquilamente podíamos esperar a vernos en una próxima actividad

5 Los nombres de las personas e instituciones involucradas han sido modificados a fin de preservar su anonimato.

de la colectividad, pero tampoco tenía muchas “excusas” para ofrecer, así que quedamos en encontrarnos unos días más tarde en un bar cerca de mi trabajo y de su casa. Apenas corté el teléfono, empecé a cuestionarme todo. ¿Por qué José se había vuelto tan insistente? ¿Por qué quería verme? ¿Había hecho bien en aceptar ese encuentro? ¿En qué lugar yo (y José) me estaba poniendo? ¿Tenía ese encuentro algún beneficio para mi trabajo? Y si no lo tenía ¿importaba?

Nos encontramos, finalmente, a desayunar en una confitería y, si bien fue un encuentro en el que yo estuve alerta todo el tiempo, lo cierto es que hablamos -como se dice en Argentina- “de bueyes perdidos”⁶. De esa charla surgió que él tenía algunos libros que yo había estado buscando sin éxito y rápidamente me ofreció que nos encontráramos nuevamente en breve para que él pudiera dárme los, diciéndome que él estaría muy contento si pudiera hacer algo para devolverme el favor de haberle prestado mi libro. Así lo hicimos y ese fue el comienzo de incontables llamados telefónicos (José había reemplazado los mails por llamados) y unos cuantos desayunos juntos que yo no lograba procesar del todo. Cuando el día 20 de julio⁷ de 2009, siendo las 9.00 de la mañana, recibí un llamado telefónico suyo y, apenas atendí, me dijo: “¡Feliz día, amiga!”, me quedé perpleja. Ese llamado de quien yo claramente no consideraba mi amigo, me dejó confundida.

En nuestras recurrentes charlas a solas o en nuestros encuentros en las actividades de la colectividad, José nunca habló “demasiado” conmigo acerca de los irlandeses. Incluso más de una vez manifestó que “la verdad a mí ya me tiene un poquito cansado todo esto”. Por otro lado, muchas veces sugería que dentro de SC había una gran cantidad de problemas, pero cuando yo comenzaba a hacerle preguntas, él me decía que no tenía sentido hablar de eso, cortándome toda posibilidad de indagar en esos hechos y obligándome a pensar que su voluntad de verme no tenía nada que ver con mi trabajo.

Pero en marzo de 2010, recibí una llamada de parte de José digna de análisis. Eran aproximadamente las 15.30 horas, sonó el teléfono de casa y, al atender, la conversación que se produjo fue la siguiente:

–Palermo... ¿cómo estás?

–Ah, José Bien y vos?

–Bien, bien, todo bien. Te tengo que pedir que me hagas una tarea de contraespionaje. ¿Podrás?

–Ehhh... mmm... bueno, a ver, decime de qué se trata

–Viste que en SC está todo mal.... [Y pasó a explicarme que había llama-

6 Modismo argentino que significa “hablar de cosas baladíes, intrascendentes”.

7 Fecha en que se festeja el día del amigo en la República Argentina.

do por teléfono a SC8 preguntando por el tesorero (de aquí en más, PF) y que lo había atendido alguien con una voz extraña (“no sé quién es esa persona” me dijo), le habían dicho que PF estaba de vacaciones y que volvía la semana siguiente. Según me comentó, la situación le había parecido rara; no sabía si PF realmente no estaba o si no lo había querido atender porque lo estaba evitando para no pagarle. Además, la persona que había atendido el teléfono era un “extraño” y se preguntaba qué estaba haciendo ahí. Su pedido, específicamente, era que yo llamara nuevamente a SC y preguntara por el tesorero, tratando de dar pocas explicaciones y de no dar mi nombre. Le pregunté qué hacer si PF efectivamente estaba ahí y me atendía; me dijo que pusiera cualquier excusa, preguntando algo o pidiendo su dirección de correo electrónico (de José) o lo que se me ocurriera].

–¿Sí, podrás hacer eso por mí?, remató.

En la inmediatez del momento moldeé mi comportamiento a lo que José parecía esperar de mí. Sin embargo, la llamada y el diálogo me dispararon todo tipo de interrogantes. ¿Realmente me estaba pidiendo que hiciera un acto de espionaje en su lugar de trabajo? ¿Por qué me llamaba a mí? ¿Por qué creía que yo podía hacer un trabajito de “espía”? ¿Estaba realmente poniéndome en el lugar de una “amiga” a la que le pedía un favor o había otro motivo encubierto? ¿Qué tenía que hacer yo con esta información que, estaba clarísimo, era un dato muy importante para mi investigación?

Me encontraba ante una situación difícil de dilucidar: la conducta de José no tenía ningún sentido para mí, a priori no había un contexto que pudiera ayudarme a entender ese comportamiento. Aún si me había puesto en el lugar de “amiga”, ¿por qué no le había pedido este favor a otra persona: a su mujer, a su hijo o a otro amigo? El comportamiento que mi presencia en el campo -no olvidemos que yo me acerqué a él como investigadora- había despertado en José era imposible de descifrar para mí. A esa altura estaba claro, desde mi perspectiva, que la relación de empatía que se había generado con José no era la que yo hubiese querido. Haberme ganado su confianza era positivo pero yo sentía que había fracasado en la construcción de una cierta distancia del universo de sentidos y prácticas (Frederic, 1998) que conformaban mi relación con José. Y sentía, además, que esa confianza ganada, no iba a rendir sus frutos en el proceso de la investigación.

Pero, además, me ponía frente a un dilema ético: el de utilizar o no (y, en principio, esta era mi decisión) esa información que me estaba siendo revelada en un contexto -el de mi relación con José- al que yo, a priori, interpretaba

8 Recordemos que SC era, en ese momento, su lugar de trabajo.

como de “conocidos”, en el que no había, al menos de mi parte, ni una amistad ni una confianza suficiente. Porque el “incidente” -como lo interpretaba yo en ese momento- ponía al descubierto, específicamente, tensiones internas a esa institución y, de manera más general, tensiones existentes a nivel de toda la colectividad.

En este caso, no había confusiones: José sabía perfectamente quién era yo y qué hacía, sin embargo, yo sentía que mi rol de investigadora estaba absolutamente desdibujado para él. Pero si, como plantea Berreman (2007), las impresiones que etnógrafo y sujetos buscan proyectarse entre sí son aquellas consideradas como favorables al cumplimiento de sus respectivos fines, era necesario -a los fines de mi investigación- que yo lograra descifrar lo sucedido. Sin embargo, tomando prestadas las palabras que Freire (1970) utilizara para dar cuenta de la relación entre educador y educando, y aplicándolas a este contexto -a la relación entre el investigador y los investigados, mediatizada por el objeto que ha de descubrirse- lo importante es el ejercicio de la actitud crítica frente al objeto y no el discurso del investigador en torno al objeto.

Quizás José me lo había pedido porque, en la construcción de nuestro *rapport*, él me había configurado como una persona confiable e inofensiva (Berreman, 2007) o, quizás, me estaba pidiendo algo “concreto que ofrecer a cambio de su confianza” (Vessuri, 2004: 307). Como plantea Freire (1970) si bien la información es un momento fundamental del acto de conocimiento, más importante aún es que nos preguntemos cómo y en qué contextos se proporciona esa información. De ese modo, en un intento por intentar desplazarme de mi propia reflexividad a la de José, en tanto nativo (Guber, 2001), comencé a pensar en qué situación se encontraba José respecto de la colectividad en cuestión. José es él mismo descendiente de irlandeses, y desde hacía unos quince años trabajaba en esa institución argentino-irlandesa. Sin embargo, José estaba, tal como él lo manifestaba, “un poco cansado” de lo que tiene que ver con la colectividad, de cómo se manejan ciertas cosas, de que se haga “siempre lo mismo”, de ver y de participar siempre de los mismos festejos, los mismos actos, las mismas conmemoraciones y, además, está ideológicamente en contra no sólo de ciertas políticas de la colectividad y sus instituciones sino de “todos estos viejos medio gorilas⁹ que manejan todo acá adentro”. Y, por otro lado, José era un empleado disconforme con, y muy crítico de, la nueva dirección de SC, ámbito en el que cada vez se le daban menos tareas, en el que se le pagaba con mucho atraso y en el que, cuando José inten-

9 “Gorila” es un término de la política vernácula argentina, históricamente usado de manera peyorativa para referir a los detractores del peronismo (especialmente aquellos de los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón, entre 1946 y 1955). Actualmente, este término es utilizado en otros países de América Latina y también como sinónimo de “reaccionario de derecha”.

taba hacer reclamos, se lo evitaba. José, como él mismo me dijo, iba cada vez menos a SC porque soportaba cada vez menos ese ambiente. Dicho de otro modo, José es una persona que, por lo menos en ese momento, no estaba ni del todo afuera ni del todo adentro de ese grupo; es decir, ocupaba un lugar periférico en la colectividad.

José me estaba dando información de importancia, me estaba admitiendo en la región posterior de la actuación de estos sujetos (Berreman, 2007: 147), me estaba diciendo algo que contradecía la impresión que este grupo de descendientes de irlandeses busca promover acerca de sí mismo como grupo homogéneo, unido y sin fracturas. Me estaba dando, de este modo, una "información destructiva" (Goffman, 1959: 141) que amenazaba con debilitar la imagen pública de estos descendientes; y yo no puedo pensarlo y analizarlo como una acción del todo ingenua. En cambio, mi análisis va por otro carril. Si yo confundo, aquí, la relación empática generada con José con una relación de amistad -como él mismo ha pretendido más de una vez desde su discurso-, puedo distorsionar el análisis, mi interpretación científica o, peor aún, dejar pasar un hecho significativo para mi problemática de investigación.

José tenía bien en claro que yo era una persona de afuera y que era una antropóloga realizando trabajo de investigación en esa colectividad¹⁰. Por lo tanto, yo no puedo tomar esta situación como algo azaroso. No era casualidad que José me involucrara a mí, como no era casualidad que, al encontrarse en una zona periférica de la colectividad, al no sentirse él mismo ni del todo adentro ni del todo afuera, al estar "enojado" y "culpar" a personas de la colectividad por la situación laboral y económica por la que estaba atravesando, José me revelara un secreto. Quizás José no me estaba pensando necesariamente como una "confidente neutral" (Berreman, 2007: 147) sino todo lo contrario; pero a la vez necesitaba asegurarse de que su "indiscreción" no quedara al descubierto ante el resto de los miembros de la colectividad. Al hablar de "contraespionaje", José ponía de manifiesto y me advertía que se trataba de un "secreto" -de la colectividad y entre nosotros- pero, al mismo tiempo, me estaba dando vía libre para "espíar".

Esta interpretación no me quita, de ningún modo, el peso -desde un punto de vista ético- acerca de qué actitud tomar ante esa información. Pero después de meditarlo largamente creo que puede ser utilizada sólo como la punta de un ovillo sin involucrar a la persona que me la reveló. Son varias las estrategias a explorar: o bien una observación independiente en SC, o algún tipo de control o información cruzada que me lleve no sólo a verificar datos sino a tratar de comprender qué es lo que verdaderamente está pasando en

10 Y, además, José sabe bien de qué se trata porque cursó materias de esta carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

esa institución y en la colectividad: situación disruptiva que va de la mano junto con otras situaciones de fracturas internas.

Como veremos ahora en el caso de Alma, el momento de inflexión, ese momento donde uno siente que el rol de investigadora se está negociando, no resulta tan claro. O acaso tampoco esté claro que lo que estaba sucediendo fuese una negociación.

2.2. Caso de Alma: acerca de la investigación más allá y más acá de la academia

¿Cuál fue el momento en que sentí que claramente se me estaba pidiendo “otra cosa”, por fuera de mi rol de investigadora? Esta pregunta se responde, en parte, haciendo un breve relato de mi relación con la gente con la cual trabajo. Mi trabajo de campo en la localidad de Lago Puelo, Chubut, Patagonia argentina, con familias de campesinos subalternizados del oeste del Río Azul comenzó en el año 2003 a fin de poder realizar una investigación que resultara en mi tesis de grado. Durante la escritura de dicha tesis, en 2004, algunas familias decidieron hacer pública su pertenencia al pueblo mapuche. Si bien yo supe rápidamente de este hecho, fue algo que no pude trabajar teóricamente en esa oportunidad, pues la “noticia” me encontró “redondeando” la escritura de dicha tesis. Fue recién en 2005, ya defendida la misma, que volví a tomar contacto con las mencionadas familias. Elegí una linda mañana, puesto que tenía que cruzar el río y caminar un trecho. Cuando llegué a la tranquera, batí palmas y enseguida salió Luisa, una de las mujeres con quien yo más había intercambiado. De lejos me reconoció diciéndome que había estado pensando en mí. Este hecho, que sin duda me halagaba, no dejaba de sorprenderme. ¿En qué medida mi persona era considerada por estas familias? ¿Qué la había llevado a Luisa a “haber estado pensando en mí” aún cuando hacía muchos meses que no nos veíamos y nuestra relación, si bien cordial, aún no se había empapado del afecto que uno puede sentir luego de muchos años de trabajo conjunto? De hecho, en ese momento se me volvía a presentar una de las primeras situaciones vividas con ella en el campo a instancia de aquella tesis: frente a algunas preguntas mías, y frente a situaciones de extrema vulnerabilidad y atropello que me relataban, Luisa me sugería vehementemente “pero eso no lo escribas porque sino no te van a aprobar el trabajo”. ¿Cuál era entonces el fin de “contarme” ciertas situaciones? ¿Se me estaba tomando como a alguien que iba a poder relatar en otras audiencias, por fuera de los círculos de poder locales, los abusos? ¿Cómo jugaba entonces mi situación de estudiante? Y aún más importante ¿Qué había cambiado desde entonces?

Volvía al campo por primera vez luego del reconocimiento público de esta familia como mapuche. Ese era nuestro primer contacto después de ese hecho. Es decir que nuestro re-encuentro fue luego de que yo me recibiera, y luego de que ellos se adscribieran públicamente bajo otra identidad -la mapu-

che-, altamente disidente respecto de las habilitadas para estos colectivos por gran parte de la población de Lago Puelo en general y por sus élites económicas, sociales, políticas y culturales en particular¹¹. De alguna manera nuestro re-encuentro estaba signado por un cambio de status para ambos y de identificación mutua: por mi parte, de estudiante a profesional, a antropóloga; por su parte de una identificación pública como descendientes de “pioneros chilenos”, a una que los inscribía como mapuches y en tanto tales, como pueblo pre existente al Estado argentino. ¿Cómo nos ponía en relación este hecho? ¿Qué tenía de significativa mi presencia en ese momento teniendo en cuenta nuestras nuevas posiciones? ¿Cómo empezaba a ser percibida mi presencia en tanto antropóloga en un grupo que se posicionaba como perteneciente a un pueblo indígena, y por lo tanto pre existente al Estado argentino, en un contexto donde aquello que estaba fuertemente en juego era el acceso a la tierra y la legitimación de su ocupación centenaria? Esta pregunta, que en un inicio no me la pude formular, sintiéndome tan sólo halagada y confusa con el “estaba pensando en vos”, cobró relevancia un tiempo después. A lo largo de mis años de residencia en una localidad vecina, yo de a poco dejaba de ser “de afuera”, para ser considerada una “venida”¹² (Tozzini, 2004), es decir alguien que vivía en el lugar y, en ciertas situaciones, yo me encontraba atravesada por las mismas problemáticas “urgentes” que ellos¹³, pasando a ser una “vecina” o incluso -para algunas circunstancias- una “compañera” que “siempre nos acompaña”. Creo que es, en primera instancia, desde este hecho que me gustaría reflexionar sobre mi lugar y mi relación con estas familias con las que continúo trabajando después de casi una década.

Si me interesa particularmente hacerlo aquí es por dos razones: en primer lugar porque siento que la relación social de campo, al menos en esta segunda etapa, se constituyó de una manera que excede lo clásicamente académico. Por otra parte porque creo que este es un caso donde en muy poco tiempo la práctica del extrañamiento -en el sentido que lo plantea Da Matta (1999)- se vio modificada desde la familiarización de lo exótico hacia la exotización de lo familiar.

11 En Crespo y Tozzini 2013 y en Tozzini 2012 pueden consultarse cuáles son las historias y pertenencias legitimadas por estas élites a ciertos sectores subalternos en la zona en estudio.

12 A su vez mi condición de “venida” se vio en cierta medida superada al quedar embarazada y tener una hija en el lugar, una “nacida y criada”. Para más detalles acerca de cómo estas situaciones hacen cambiar de posición a las personas localmente, consultar Tozzini, 2004. Para un análisis de estas categorías cotidianas de uso en Lago Puelo, Chubut, y zonas aledañas, consultar Tozzini 2004 y 2012 y Crespo y Tozzini 2013.

13 De hecho en varias ocasiones nos encontramos manifestándonos públicamente por los mismos reclamos. Por citar sólo un ejemplo entre muchos otros, las manifestaciones por el “No a la mina” en el NO de Chubut, nos encontraron como “vecinos” oponiéndonos al mismo proyecto.

Es sobre esta particular constitución de la relación social de campo sobre la que continuare reflexionando críticamente en los próximos párrafos.

A diferencia de otros investigadores, mi vinculación con las personas con las que trabajo no se gestó primero desde la militancia (Kropff, 2008), tampoco me situé críticamente desde un primer momento en un lugar de militante-investigador, intentando diferenciarme de la investigación académica (Colectivo Situaciones, 2003). Sin embargo, debo decir que esta segunda etapa de la relación de campo se vio constituida desde un inicio por requerimientos a mi persona -en tanto antropóloga "que conoce nuestra historia"- que pasaron por cuestiones muy diversas: redacción de historias familiares, acompañamiento a diversas instancias públicas, redacción de proyectos para subsidios ante diversas agencias estatales¹⁴, informes para ser presentados en instancias legales, cuando no preguntas directas -en reuniones públicas- acerca de mi opinión sobre temas que los tenían a ellos (y no a mí) como protagonistas. Y si bien debo decir que este último tipo sí me colocaba en una situación incómoda -pues finalmente uno quiere escuchar qué piensan y cómo viven las personas con quienes trabajamos y no imponer la propia opinión- los otros requerimientos, a pesar de haberme implicado momentos de reflexión y de decisión, fueron tomados por mí como parte "justa" de esa relación. Algo así como una relación recíproca en la cual yo puedo trabajar porque estas personas me abren las puertas de sus casas y que, entonces, es justo que yo colabore, más aún si acuerdo con la causa. En este sentido, recupero aquello puntualizado por Ezequiel Anderg Egg (2003) a propósito de la Investigación Acción participativa, en tanto una disposición metodológica que implica una opción por la no neutralidad valorativa política e ideológica, de manera que el investigador "nunca es neutro frente a la realidad que estudia, y menos aún frente a las personas concretas que sufren los problemas motivo de estudio; no hay espacio para refugiarse en la indiferencia o la neutralidad" (Ander Egg, 2003: 7).

En este sentido, y tal como lo plantea Alcida Ramos (2007) para la etnografía brasilera a partir de los años 1970¹⁵, se daba en mi caso esta combina-

14 Si bien por razones de espacio no lo desarrollaremos aquí, y haciendo referencia al aspecto ético de nuestra profesión, es de tener en cuenta que el posicionamiento en este rol, la colaboración para la aplicación de diversos proyectos en determinadas agencias estatales, también -o paralelamente- inhabilita participación del profesional en otras instancias de colaboración para con otras agencias estatales por fuera de la anuencia de las comunidades. Esto es particularmente importante puesto que a menudo estas agencias "buscan" a los antropólogos vinculados a las comunidades a fin de "agilizar" determinadas acciones, decisiones o políticas en cuestiones que las incluyen.

15 Si bien el trabajo de Alcida Ramos apunta a ver cómo en el Brasil de la primera década del siglo XXI esa situación va cambiando en la relación antropólogo-nativos, debemos decir que todos estos procesos son más recientes en Argentina.

ción entre investigación y cierta disposición *militante*¹⁶, entendiendo mi rol, en ciertos momentos, desde un compromiso político en pos de la causa indígena. Y es que, tal como lo plantea George Marcus para las etnografías en contexto de sistema mundo, mientras se aprende sobre este sistema haciendo trabajo de campo, el etnógrafo-activista va continuamente renegociando sus identidades (Marcus 2001). Desde este lugar podía mostrar a la audiencia local de qué manera los sujetos pensaban y planteaban sus lecturas respecto de la problemática con las tierras y su identificación étnica en medio de este campo de lucha, en el cual las construcciones de las élites locales respecto de la historia de dichos grupos, no cumplía un papel menor. Estimaba que era ese el aporte que podía contribuir a desestigmatizar los procesos que llevaban a cabo los sujetos. Por otra parte, el campo se complejizó cada vez más al comenzar a ser compartido, por ejemplo, con los abogados de la comunidad que también sostienen una actitud militante frente al tema, y donde los escritos de los antropólogos son puestos bajo la lupa en ciertas ocasiones, y requeridos con urgencia a fin de generar acciones legales o políticas, en otras. De manera que fragmentos de los escritos etnográficos debutan en ocasiones, antes que en el círculo de intercambio académico, en los laberintos tribunales¹⁷.

Por otra parte, esto da lugar a que los sujetos con quienes trabajamos comiencen a tomar en cuenta la utilidad de la etnografía al ver la capacidad de ésta de llevar hasta los centros de poder, otras imágenes de sí mismos (Ramos, 2007). Esto genera, lejos de una banalización de los escritos que producimos, una complejización del campo de estudio y de escritura sobre los que vale la pena detenerse. El campo se complejiza al entrar en él sujetos, discursos y prácticas con los que no habíamos previsto entrar en relación y que nos interpelan particularmente. Por otra parte, porque los escritos que generamos, como ya dijimos, entran en ambientes de discusión que trascienden lo meramente académico y que se vuelven objeto de análisis. Por ejemplo ¿cómo es leído aquello que escribimos por los sujetos con quienes trabajamos? ¿Cómo es leído por sus abogados y qué objeciones, críticas, aportes se nos formulan? ¿Cómo son leídos y qué peso y legitimidad toman nuestros informes en agencias estatales en general y judiciales en particular? A su vez,

16 El destacado es nuestro, pues adherimos a lo que plantea Kropff (2008) respecto de la incomodidad que nos genera el concepto militancia, en principio por su fuerte carga en la Argentina que inhabilitaría ciertas trayectorias, como las propias, por otra parte por tener una fuerte marca generacional que nos excede en el sentimiento de pertenencia. Para un panorama sobre el tema, además de los autores ya citados en el cuerpo de este trabajo, pueden consultarse a Hale, 2006, Scheper-Huges, 1995; Robbins y Scheper-Huges, 1996.

17 En Tozzini (2010) se reflexiona respecto de la relación entre escritura de etnografía y escritura de informes técnicos e intervención antropológica en contextos de instancias judiciales y su mutuo entrecruzamiento, aplicado a un caso de la Patagonia Argentina.

¿qué de nuestro discurso es tomado como apto y qué como inoportuno o poco conveniente? Todas esas lecturas acerca de nuestro trabajo son materiales que se nos impone analizar reflexivamente, pues son todos ingredientes que vienen a complejizar, lejos de banalizar, el trabajo de campo, la escritura de etnografías y la construcción de conocimiento.

4) Conclusión

Todo esto nos lleva a retomar los planteos de De Certau (1993) y a repensar la labor etnográfica en los términos en que ese autor analiza la escritura de la historia, es decir con la creciente necesidad de ser conscientes de que cuando hacemos etnografía se produce una operación de ruptura que separa al sujeto de la enunciación y al objeto del enunciado (cuerpo escrito). La reflexión crítica es necesaria para disminuir la brecha existente entre el objeto o “lo real” y el discurso o la escritura que sobre eso producimos; es necesaria para que como investigadores no intentemos ocupar el lugar de decir aquello que “el otro” (supuestamente) calla. Pero principalmente es necesario que sepamos:

“que la cultura es interpretación. Los ‘hechos’ del antropólogo, los materiales que fue a encontrar al terreno, son en sí mismos interpretaciones. Los datos de base ya están culturalmente mediados por el pueblo cuya cultura nosotros, como antropólogos, vamos allí a explorar. Los hechos se hacen -la palabra se deriva del latín *factum*- y los hechos que nosotros interpretamos están hechos y rehechos. Por lo tanto, no pueden recogerse como si de rocas se tratase, poniéndolos en cartones y enviándolos a nuestro país de origen para analizarlos en el laboratorio.” (Rabinow, 1992: 141)

Esto supone decir no sólo que todo hecho cultural puede ser interpretado de diferentes formas tanto por los antropólogos como por los sujetos, sino, sobre todo, que los “hechos” antropológicos se convierten en hechos durante los procesos de interrogación, experiencias y observación en la que tanto uno como otros están inmersos. En otras palabras, para que este sistema de formación del objeto pueda continuar es necesario que se establezca un sistema de símbolos compartidos; la información se da en un ámbito de interacción interpersonal e intersubjetiva.

Si el trabajo de campo requiere de la reflexión crítica acerca del campo de significados que construimos entre todos los que participamos en él, los múltiples roles que en el campo asume el antropólogo, cruzados por las interpelaciones que desde distintos lugares se le hacen, así como las distintas

texturas y recepciones de los escritos que genera, se convierten en una pieza potente a ser deconstruida para su análisis, volviendo aún más complejo el campo de estudio y en consecuencia dotando de más densidad -en el sentido que le da Geertz (1987) de atender a las múltiples estructuras conceptuales superpuestas en la significación- a las etnografías producidas, por tratarse del análisis de marcos significativos diversos y múltiples que atraviesan tanto las realidades complejas que deseamos estudiar, como la relación social de campo que nos incluye.

Partiendo de que el investigador es su principal instrumento de conocimiento, de que “la sensibilidad y la autoconciencia del investigador son sus principales herramientas de trabajo” (Vessuri, 2004: 299), a lo largo de este escrito nos hemos propuesto reflexionar sobre procesos que forman parte del trabajo de campo, tanto en referencia a los diferentes roles del investigador como a la relación que éste establece con los sujetos de investigación.

En el caso de Elisa, podemos decir que aquello que en un primer momento parecía burlarla como etnógrafa, que producía ruptura y frustración, no era sólo un accidente molesto sino un aspecto básico de este tipo de investigación, en el sentido en que lo plantea Rabinow (1992) también para su trabajo en Marruecos, porque con el tiempo como investigadores empezamos a tomar conciencia de que esas distancias o rupturas en la comunicación, o -en este caso en particular- los malos entendidos respecto de la adscripción de roles, terminan resultando altamente reveladoras y a menudo se muestran como piezas decisivas para el futuro de la investigación. En el caso de Alma, aquellos cambios de estatus suyos y de los sujetos, los trabaron en nuevas y novedosas relaciones (para ambos) y formas de construir conjuntamente la realidad a indagar (Guba y Lincoln 2002). Estas múltiples tareas asumidas, satélites e interdependientes del trabajo de campo generan, tal como lo apunta Marcus (2001: 123) la sensación de estar haciendo “más que sólo etnografía”, al mismo tiempo que permiten -tal como lo plantea el autor- ir construyendo un mapeo de las nuevas realidades.

El trabajo de campo, entonces, es un proceso de construcción intersubjetiva. La presencia del etnógrafo conforma la interacción; participar de esas situaciones de interacción es lo que le permite conocer e interpretar el mundo social estudiado. Clifford (1990: 29) señala que “el trabajo de campo es un conjunto complejo de experiencias históricas, políticas e intersubjetivas que escapan a las metáforas de participación, observación, iniciación, rapport, inducción, aprendizaje, y así sucesivamente, que a menudo se despliegan para dar cuenta de él” y, como decíamos al comienzo, el investigador no está exento de que los sujetos con los que trabaja le asignen imprevisiblemente identidades o roles y, también, como subraya Berreman (2007: 157), “el hecho de ser aceptado cortésmente, e incluso la amistad, no siempre significa que

esté garantizado el acceso a las confidenciales regiones de trastienda de la vida” de aquellos con quienes trabajamos, por lo que reflexionar sobre nuestro propio trabajo de campo puede ayudarnos a comprender y traducir al otro como sujeto. Nuestra capacidad de conocer la experiencia de nuestro interlocutor, de despejar los sentidos que adquiere nuestra presencia y nuestra persona para los sujetos con los que trabajamos, puede llevarnos a darle un final positivo a aquello que se nos presentó en el trabajo de campo como un obstáculo o como una pregunta. Transformar en dato las informaciones que se nos presentan de este modo es el primer paso (Guebel y Zuleta 1995: 99) para lograrlo.

Pensar de esta manera nos permite convertir nuestra subjetividad en una herramienta útil para el desarrollo de la investigación y entender el trabajo de campo no sólo como una herramienta metodológica para conocer a los sujetos con los que trabajamos sino también como una instancia de conocimiento en sí mismo. El trabajo de campo es:

“un proceso de construcción intersubjetiva de formas liminales de comunicación. Intersubjetiva quiere decir literalmente más de un sujeto, pero situándose a caballo entre ellos, ni en uno ni en otro sitio; los sujetos en cuestión no comparten un conjunto común de asunciones, experiencias o tradiciones. Su construcción es un proceso público.” (Rabinow, 1992: 144)

Por lo tanto, para poder generar conocimiento es preciso que nosotros como investigadores nos reconozcamos en una relación con la práctica, con los sujetos y con el contexto. Tal como expresara Freire (1994), el conocimiento se genera en un proceso de interacción: la experiencia y la subjetividad se construyen en el marco de una variedad de voces. Y esto nos lleva a la importancia de la palabra y del discurso. Debemos preguntarnos, como se apunta en el prólogo a las “Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marrueco” de Rabinow (1992: 10), y como también se lo ha preguntado Tedlock (1992) pensando en la dimensión dialógica de la etnografía, ¿quién habla?, ¿con quién?, ¿en qué momento?, e inevitablemente detrás de esas preguntas aparecerá el antropólogo o, mejor dicho, el delicado balance entre la distancia analítica, la participación y empatía del antropólogo, y todos aquellos condimentos -los “sangrantes pedazos de la cruda realidad” (Barley, 1996)- que permanente e insistentemente nos obligan a detenernos a pensar(nos) en este complejo y fascinante entramado que implica hacer trabajo de campo.

5) Bibliografía

- Ander Egg, Ezequiel (2003). *Repensando la Investigación-Acción Participativa*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen-Hvmanitas.
- Barley, Nigel (1996): *El antropólogo inocente*. Barcelona: Anagrama.
- Berreman, Gerald (2007): "Behind many masks. Ethnography and impression management". En: Antonious Robben y Jeffrey Sluka (eds.), *Ethnographic fieldwork. An anthropological reader*, pp.137-158. Oxford: Blackwell publishing.
- Briones, Claudia (2005b): *(Meta) cultura del Estado-nación y estado de la (meta) cultura*. Popayán-Colombia: Editorial Universidad del Cauca.
- Clifford, James (1990): "Notes on (Field)Notes". En: Roger Sanjek (ed.), *Fieldnotes: The Makings of Anthropology*. Ithaca: Cornell University Press.
- Crespo, Carolina y María Alma Tozzini (2013): "Fronteras identitarias a la sombra de la gran frontera estatal. Omisiones y tensiones en las construcciones del pasado en la Comarca Andina del Paralelo 42°, Patagonia Argentina". En: Andrés Núñez, Rafael Sánchez y Federico Arenas (Eds.), *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos. La Cordillera de los Andes como espacialidad sociocultural*. Santiago de Chile: Serie GEOlibros N°16 (en prensa).
- Crespo, Carolina y María Alma Tozzini (2009): "Entrar, salir y romper el cristal. Demandas territoriales y modalidades de clasificación en Lago Puelo, Patagonia Argentina". *Boletín de Antropología*, vol.23, N°40, pp.55-78. Medellín-Colombia: Universidad de Antioquia.
- Da Matta, Roberto (1999) "El oficio de etnólogo o cómo tener 'Anthropological Blues'". En: Mauricio Boivin, Ana Rosato y Victoria Arribas, *Constructores de otredad, una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires: Antropofagia.
- De Certau, Michel (1993): *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Fals Borda, Orlando (2004): "Investigación-acción participativa". En: María Gloria Pérez Serrano (coord.), *Modelos de investigación cualitativa en Educación Social y Animación Sociocultural. Aplicaciones prácticas*. Madrid: Narcea Ediciones.
- Frederic, Sabina (1998): "Rehaciendo el campo. El lugar del etnógrafo entre el Naturalismo y la Reflexividad". *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, Año VI, N°7. Buenos Aires: Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina.
- Freire, Paulo (1970): *Pedagogía del Oprimido*. México: Siglo XXI.
- Freire Paulo (1994): *Cartas a quien pretende enseñar*. México: Siglo XXI.
- Geertz, Clifford (1987): "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura". En: Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.

- Goffman, Erving (1959): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Nueva York: Doubleday.
- Guba, Egon e Yvonna S. Lincoln (2002): "Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa". En: Catalina Denman y Jesús Armando Haro (comps.), *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*. Sonora-México: Colegio de Sonora.
- Guber, Rosana (2004): *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guber, Rosana (2001): *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Guebel, Claudia y María Isabel Zuleta (1995): "'Yo hablaba y no me miraban a los ojos...' Reflexiones metodológicas acerca del trabajo de campo y la condición de género". *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, Año IV, N°5, pp.93-102. Buenos Aires: Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina
- Hale, Charles (2006): "Activist Research v. Cultural Critique: Indigenous Land Rights and the Contradictions of Politically Engaged Anthropology". *Cultural Anthropology*, vol.21, N°1. USA: American Anthropological Association, University of California Press.
- Horkheimer, Max (2000): *Teoría tradicional y teoría crítica*. Ediciones Paidós Ibérica S.A. Consulta 23 de junio de 2013: http://books.google.es/books?id=zQHghm1KX58C&printsec=frontcover&dq=Teor%C3%ADa+tradicional+y+teor%C3%ADa+cr%C3%ADtica&hl=es&ei=Ff2RTNbXDY6Ls wao_8z5CQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CCsQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false.
- Kropff, Laura (2008): "La inserción en el campo: investigación y activismo". En: Laura Kropff, *Construcciones de aboriginalidad, edad y politicidad entre jóvenes mapuche*. Tesis Doctoral en Antropología. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Marcus, George (2001): "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal". *Alteridades*, vol.11, N°22, pp.111-127. México: UAM.
- Moser, Heinz (1975): *Aktionsforschung als kritische Theorie der Sozialwissenschaften*. München: Kösel Verlag.
- Palermo, Elisa (2006): *Entre Irlanda y la Argentina. Historia, identidad y memoria en la comunidad Argentino-Irlandesa de Buenos Aires*. Tesis de Licenciatura en Antropología. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Palermo, Elisa y Tozzini, María Alma (2009): Mujeres y etnógrafas. La condición de la feminidad en el campo y algunos problemas teóricos y metodológicos de hacer "etnografía en casa". En: *Actas del VIII RAM*. Buenos Aires: UNSAM (CD).

- Rabinow, Paul (1992): *Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos*. Madrid: Júcar.
- Ramos, Alcida R. (2007): "¿Hay lugar aún para el trabajo de campo etnográfico?". *Revista Colombiana de Antropología*, N°43. Bogotá: Instituto Colombiano de antropología e Historia.
- Ramos, Alcida R. (1992): "Sobre la utilidad social del conocimiento antropológico". En: *Antropológicas*, N°3. México: UNAM.
- Reynoso, Carlos (1992): "Introducción". En: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la Antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Robbins, Steven y Nancy Scheper-Huges (1996): "On the call for a militant anthropology: The complexity of 'Doing the right thing'". *Current Anthropology*, vol. 37, N° 2, pp.341-346. Chicago: University of Chicago Press.
- Scheper-Hughes, Nancy (1995): "The primacy of the ethical: propositions for a militant anthropology". *Current Anthropology*, vol. 36, N°3, pp.409-440. Chicago: University of Chicago Press..
- Tedlock, Dennis (1992): "Preguntas concernientes a la antropología dialógica". En: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la Antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Tozzini, María Alma (2012): '*Pudiendo ser mapuche*'. *Reclamos territoriales, procesos identitarios y Estado en Lago Puelo, Provincia de Chubut*. Tesis de Doctorado en Antropología. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Tozzini, María Alma (2004): *Del límite natural a la frontera social. Tierras, linajes y Memoria en Lago Puelo*. Tesis de Licenciatura en Antropología. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Vessuri, Hebe (2004): "La Observación Participante en Tucumán, 1972". En: Rosana Guber y Sergio Visacovsky (comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Wallerstein, Immanuel (2006): "La construcción histórica de las ciencias sociales desde el Siglo XVIII hasta 1945". En: *Abrir las Ciencias Sociales*, pp.3-36. México: Siglo XXI.